

El historiador hispanista Stanley G. Payne narra la aparición del fascismo en España desde la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), fundadas por Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos, de la unión de ésta con Falange, fundada y liderada por José Antonio Primo de Rivera, y su posterior papel en la guerra civil así como la definitiva unificación con el movimiento carlista que llevó a cabo el general Francisco Franco.

A la memoria de Jaime Vicens Vives
(1910-1960), un gran historiador

PREFACIO

Si la guerra civil española ha suscitado durante mucho tiempo tan animadas controversias en el mundo, ello se debe, en parte, al hecho de que aquella lucha épica terminó con la victoria de la tendencia nacionalista autoritaria, que resultaría vencida luego en el gran conflicto de 1939 a 1945. Y, sin embargo, pocas cosas de la moderna política europea han sido tan mal comprendidas como los fundamentos del régimen de Franco, establecidos durante la guerra civil.

El presente estudio trata únicamente de un aspecto de la turbulenta vida política española transcurrida entre 1930 y 1940: su experiencia fascista. Hace ya muchos años que se llegó a la conclusión de que los diversos movimientos fascistas existentes en la década de 1930 no estaban cortados por el mismo patrón; los distintos partidos fascistas diferían considerablemente entre sí, tanto por su carácter como por su composición. El ensayo español de fascismo se estudia aquí como un fenómeno peculiarmente hispánico resultante de las condiciones existentes en España y de los sentimientos de los españoles. Su contenido ideológico era, en definitiva, menos importante que su tono emocional, y si José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, sobresalió en medio de las pasiones y de los odios de la República fue debido, sobre todo, a su temperamento político. Por esta razón la primera mitad de esta obra está dominada por la figura del «Jefe». He tratado de presentar —absteniéndome de toda adulación o recriminación—

lo que considero como la primera versión plenamente imparcial de su carrera política.

Desde el comienzo de la guerra civil la Falange ha venido desenvolviéndose a la sombra del Caudillo, Francisco Franco. Este hombre pequeño y cauto es una figura sumamente singular, que ha logrado sobrevivir a las constantes mutaciones del caleidoscopio político. He procurado describir lo más fielmente posible hasta qué punto ha venido utilizando al partido fascista y cómo éste, a su vez, ha sobrevivido bajo su régimen.

Los últimos años del régimen de Franco han sido analizados con menos detalle debido a que de 1945 a 1955 la historia interna del régimen ha sido relativamente intrascendente. Dado que su estructura básica quedó establecida durante el período de 1936 a 1943, nuestro estudio se ha centrado en torno a dichos años.

Acaso nunca se llegará a conocer toda la verdad respecto al fascismo español y las complejas luchas del período de la guerra civil, pero yo he tratado de ser lo más imparcial y objetivo que las circunstancias permiten. Toda clase de material impreso que he podido consultar figura en las notas y en la bibliografía. También he procurado, en lo posible, recurrir al método de investigación histórica preconizado por Tucídides, conversando con las figuras importantes de mi relato, siempre que se tratara de personas vivientes y asequibles, y reuniendo las notas personales y documentos privados de un gran número de gentes. En la última parte del libro, al tratar ciertos temas sobre los que apenas existen materiales de carácter público, he tenido que basarme fundamentalmente en tales fuentes personales. Los riesgos inherentes a semejante procedimiento son evidentes, pero he procurado reducir al mínimo el margen de propensión al egocentrismo, así como las posibles tergiversaciones.

Son tantos los españoles a los que debo la mayor parte de la información recogida que resultaría imposible citarlos

a todos. Sin embargo, debo expresar el reconocimiento de mi gratitud a don Dionisio Ridruejo y a don Manuel Hedilla Larrey, sin cuya ayuda no hubiera podido escribirse este libro.

STANLEY G. PAYNE.

Minneapolis (Minnesota), mayo de 1961

CAPITULO I

LOS ANTECEDENTES

Las violentas tensiones de la historia europea en el curso del siglo XX se polarizan en torno a dos fenómenos: las luchas entre clases sociales y las guerras entre naciones. Las huelgas y demás manifestaciones obreras adquieren gran extensión en vísperas de la primera guerra mundial, provocando simultáneamente una reanimación del espíritu nacionalista que había ido desarrollándose en el curso de varias generaciones. Durante la guerra, la conciencia de clase quedó soterrada por efecto de una explosión del nacionalismo que trascendió aquélla, pero las motivaciones de la lucha de clases subsistieron. Después de la guerra, la rebelión de la clase trabajadora se hizo patente en toda Europa, y por doquier la colusión del fanatismo chauvinista con los intereses conservadores consiguió desplazar a la opinión pública en favor del nacionalismo y en detrimento del concepto de clase. Aquella alianza entre fuerzas rivales favoreció el desarrollo de movimientos híbridos «nacional socialistas» o «corporatistas» destinados bien a armonizar el nacionalismo con el socialismo o a servirse del primero para controlar el segundo.

Dado su carácter autoritario, la combinación del nacionalismo con el socialismo o el corporatismo se conoció comúnmente con el nombre de «fascismo». La atracción ejercida por el fascismo sobre los países europeos que se enfrentaban con graves problemas políticos y sociales resulta hoy evidente. Su fuerza procedía del temor y la inseguridad de las clases medias que consideraban la coordinación corporativa de las fuerzas económicas en interés de la nación como una nueva doctrina, la única capaz de encauzar la rebelión proletaria. Los movimientos fascistas tuvieron suerte diversa, según el vigor de las instituciones políticas de cada país y la robustez de sus estructuras económicas. Por ejemplo, el fascismo italiano ensayó una pragmática conciliación de las aspiraciones socialistas y nacionalistas; el nacional socialismo germano hablaba de socialismo, pero era únicamente para ahogarlo bajo una oleada de nacionalismo.

La última de las naciones de la Europa occidental en desarrollar un movimiento fascista nativo fue España. Durante varias generaciones, su desenvolvimiento social y político se apartó tanto de los módulos europeos que el socialismo y el nacionalismo a la europea maduraban en España muy lentamente. Su mediocre ritmo de desarrollo económico, debido, en gran parte, al bajo nivel de educación popular y a un aislamiento cultural casi general, obstaculizó durante cierto tiempo la formación de una conciencia de clase organizada, pero cuando surgió la lucha de clases hubo un desbordamiento del espíritu vengativo. A principios del siglo actual multiplicáronse los atentados anarquistas, las represalias policíacas, los levantamientos de campesinos en el sur. Los sangrientos disturbios con incendios de iglesias que conmovieron el país durante el verano de 1909 no fueron más que el modesto prelude de la primera huelga general de amplitud nacional que se produjo en 1917.

Desde 1875 España había sido gobernada nominalmente por una monarquía constitucional, bajo la cual el país experimentó un notable progreso. El renacimiento cultural de

comienzos del siglo XX produjo el mejor período literario desde la época de Cervantes. Pensadores como José Ortega y Gasset infundieron nueva vitalidad a la filosofía española. La vida política cobró asimismo renovado vigor, a medida que iba aumentando el número de los ciudadanos que intervenían en ella. La nación parecía más activa que en ningún otro momento de su historia moderna.

Sin embargo, el riesgo de una rebelión social organizada constituyó una amenaza que con el tiempo acabó ensombreciendo aquellas perspectivas. La desdicha de España consistía en que unos cambios de limitado alcance no bastaban para resolver sus problemas; no hacían más que agudizarlos, dando lugar a nuevos problemas, en un proceso ininterrumpido. El desarrollo económico no adquirió gran amplitud, y sus beneficios sólo alcanzaron a ciertas regiones y clases. La maquinaria industrial y agrícola era primitiva, la productividad muy baja y el nivel de vida subía muy lentamente, a pesar de partir de estadios sumamente bajos; en 1914 los trabajadores españoles cobraban los salarios más bajos de la Europa occidental, exceptuando a Portugal. En tales circunstancias, los primitivos y dispersos movimientos socialista y sindicalista se transformaron rápidamente en organizaciones de masas, despertando una nueva conciencia de clase en el proletariado, que exigía cambios sociales y económicos de carácter revolucionario. Entré los campesinos sin tierras del sur de España —a muchos de los cuales durante los dos últimos siglos se les había despojado de sus tierras comunales— imperaba un sentimiento de extremismo desesperado.

La burguesía española, en su mayoría, no consideraba necesario hacer concesiones a los obreros. En muchas regiones las clases medias permanecían en un estado letárgico; su visión económica era, en general, muy limitada, y aparte de la acción implacable de una oligarquía financiera, carecían de espíritu de iniciativa. Por encima de todo eran egoístas. Sentían escaso interés por el presente o el futuro

de su país y no buscaron ninguna solución positiva al desequilibrio económico de la nación hasta que, a partir de 1920, los problemas derivados del mismo les impulsaron a hacerlo. Durante cierto tiempo, el mismo atraso de España les protegió contra los modernos conflictos sociales, por aquel atraso, áspero y primario, contribuyó a aumentar la violencia de la lucha de clases cuando, al fin, estalló.

La lentitud con que las instituciones políticas y económicas españolas se adaptaron a las exigencias de la vida moderna, provocó una tensión no sólo entre las clases, sino también entre las regiones. Cataluña, la región más avanzada de España, hablaba una lengua popular distinta del castellano y poseía una tradición de autogobierno que se remontaba a la Edad Media. El desarrollo de la burguesía catalana, la presión ejercida por la expansión económica, los abusos del desgobierno centralista por la expansión económica, los abusos del desgobierno centralista de Madrid junto con el indispensable catalizador de renacimiento literario catalán se combinaron dando lugar a un movimiento separatista, cuya dirección asumió la clase media. Un nacionalismo regional semejante, y provocado por análogas causas, constituía otra importante fuerza política en el país vasco.

Pero un amplio sector de la clase media se manifestaba profundamente opuesto a la influencia de cualquier idea nueva que apareciese en la vida española. Aun cuando el sentimiento monárquico se iba desacreditando rápidamente, otras poderosas instituciones tradicionales, como la Iglesia, contaban con numerosos defensores. De aquí que la transformación que se estaba produciendo en España tuviera un significado ambivalente. Para unos, el establecimiento de un régimen parlamentario suponía el comienzo de una nueva era de progreso liberal. Para otros, extremistas de derecha o de izquierda, la nueva era señalaba el comienzo de una lucha intensificada; los izquierdistas pretendían que el proceso de desarrollo y de reforma desembocara en una revolución, mientras que los derechistas esta-

ban decididos a imponer otra vez el régimen autoritario de otros tiempos.

En España no existía un sentimiento nacionalista semejante al nacionalismo de las clases medias organizadas que imperó en otras naciones continentales durante el siglo XIX. Nadie había sido capaz de detener la lenta decadencia del imperio colonial español, aunque dicho proceso de disolución fuese diametralmente opuesto al tipo de expansión característico de los Estados europeos. No existía el menor sentimiento de revancha o de irredentismo, ya que España se había hundido demasiado profundamente en su marasmo económico, por la incompetencia de sus gobiernos, para poder abrigar ambiciones de conquista. Había perdido demasiadas guerras y territorios demasiado alejados para que los ánimos populares pudieran excitarse. Después de 1898 no existía ninguna verdadera amenaza extranjera contra España, ni ésta se vio envuelta en ningún incidente internacional capaz de suscitar un movimiento de exaltación colectiva.

Ello no quiere decir que los españoles carecieran de un sentimiento nacional, sino que no respondían a un nacionalismo organizado, expresado en ideologías explícitas o traducidas en movimientos políticos. El español es tal vez el más tradicionalista de los europeos, y se opone tenazmente a cualquier ataque contra sus costumbres o formas de relación social. Este tradicionalismo patriótico, vuelto hacia el pasado, que predomina especialmente en la clase media castellana y entre los campesinos del norte, no tiene nada de común con el moderno y dinámico nacionalismo de la Europa central, atento a su desarrollo y expansión futuros, sin desdeñar por ello las glorias de su pasado.

El más vivo ejemplo de resistencia del patriotismo tradicionalista al impulso de los cambios lo constituía la comunidad carlista; su programa se basaba en las dos instituciones más importantes de la nación: una Iglesia intolerante y una monarquía no-constitucional. Con su pretensión de defen-

der la tradición nacional contra la perversión del mundo moderno, los carlistas eran, en realidad, unos reaccionarios clericales y unos monárquicos corporativistas cuyo sistema se había quedado anclado en el particularismo del antiguo régimen. Su concepción regionalista y neomedieval de la monarquía no tenía nada que ver con el nacionalismo moderno, que se propone convertir a la nación en un instrumento para la consecución de renovadas glorias.

La primera manifestación fugaz de nacionalismo español en el siglo XX tuvo su origen, más que en los carlistas, en la derecha ortodoxa. Después de la caída del líder conservador Antonio Maura, en 1909, sus partidarios organizaron un movimiento juvenil, denominado Juventudes Mauristas, que se proponía la regeneración nacional. Los jóvenes mauristas denunciaban las irregularidades del sistema parlamentario y propugnaban por una reforma profunda de la nación al propio tiempo que subrayaban la necesidad de suprimir drásticamente la subversión izquierdista. Sin embargo, carecían de una mística nacionalista y sus declaraciones tenían a menudo los mismos tonos que las del viejo Partido Conservador^[1].

Otra manifestación de nacionalismo, de carácter más liberal aunque no exento de xenofobia, es la que halló su expresión en algunas figuras de la llamada «generación del noventa y ocho». Espíritus tan notables como Miguel de Unamuno y Manuel Machado, profundizando hasta el tuétano del ser español, llegaron a una nueva interpretación del carácter y del estilo castellanos, en los que encontraron una dureza, un colorido sobrio y lleno de vigorosos contrastes, matizados por los tonos carnosos de la tierra y de las laderas de las montañas y sombreados por la noche del oscurantismo clerical y una cierta obsesión de la muerte. Los noventaiochistas estaban convencidos de que España era distinta del resto de Europa y por tanto tenía que seguir un camino distinto. Pero su contribución al nacionalismo espa-

ñol no pasó de una actitud estética, sin contenido social o político.

Las juntas militares que surgieron en 1917 fueron la expresión de una reacción nacionalista o patriótica. Los jóvenes oficiales rebeldes que en aquella fecha constituyeron comités profesionales no eran manifiestamente nacionalistas y no presentaban ningún programa o ideología concretos. Pero, al igual que los rebeldes de otros países, se pronunciaban contra el favoritismo y la corrupción en la política y exigían que las energías de la nación fuesen mejor empleadas.

Entre 1917 y 1923 transcurrieron unos años dominados por una violenta agitación social. Los campesinos andaluces llenaban de toscas inscripciones, con el grito de «Viva Lenin», las encaladas paredes de los pueblos, mientras en Barcelona se producían centenares de asesinatos políticos. La desastrosa campaña del Ejército español en Marruecos aceleró el proceso de decadencia política, estimulado por la actitud de un rey inteligente y ambicioso, pero de limitada visión política. Tanto los conservadores como los liberales deseaban ardientemente las reformas que hubiesen podido fortalecer el Estado y reducir las disputas internas.

Todo ello dio pie para el golpe del general Primo de Rivera, en 1923, que constituyó la primera manifestación oficial del nacionalismo español del siglo XX. Miguel Primo de Rivera no era un intelectual ni un político; era, sencillamente, un general andaluz un poco pasado de moda. Se impacientaba ante las normas constitucionales, los tecnicismos legales y las teorías sociológicas. Le gustaban el orden y la simplicidad. Aunque procedía de la pequeña aristocracia terrateniente, había sido educado con la modestia y el espíritu ahorrativo de la mayoría de los españoles. Aun siendo dictador de España, resultábale difícil acostumbrarse a llevar camisas de seda caras. Le gustaba beber vino, charlar y fumar, y cuanto más vino bebía, más hablaba. Era, sobre todo, muy aficionado a las mujeres, y sus preferencias iban

desde las elegantes cortesanas de París, hasta las heteras de Madrid, que le acompañaban en sus nada infrecuentes rondas de bebidas. Había llegado al poder después de un lustro de confusión y de violencia y manifestó que le importaban más los españoles que los políticos o las teorías legales.

El único fundamento ideológico de los siete años del régimen de Primo de Rivera fue el sentimiento patriótico. Considerando corrompido e ineficaz el sistema parlamentario, empezó por confiar el gobierno de la nación a un puñado de generales. Al cabo de unos años este equipo fue reemplazado por un gabinete de composición más normal. El gran objetivo de su régimen —la unión, al margen de los partidos, de todos los españoles— se realizó de una manera bastante superficial a través de un nuevo partido político: la amorfa Unión Patriótica, organización constituida en 1925 para poder nutrir la caricatura autoritaria de Asamblea representativa creada por Primo de Rivera.

La Unión Patriótica no fue en modo alguno concebida al estilo de un partido fascista autoritario. En teoría era una asociación constitucional exclusivamente destinada a apoyar al gobierno durante un difícil período de transición. Según el dictador, la Unión Patriótica «debía estar constituida por todos aquéllos que aceptasen la Constitución de 1876. Es decir, por todos los que acaten y veneren los preceptos contenidos en el código fundamental de la nación^[2]».

A Primo de Rivera le traicionó siempre la conciencia de culpabilidad de su usurpación del poder. Reconocía abiertamente que su «golpe» fue «ilegal», aunque añadía: «pero patriótico^[3]». Incluso llegó a considerarlo como «una violación de la disciplina, que es el verdadero sacramento del Ejército^[4]».

En un intento para ganarse el apoyo popular, las condiciones para ser miembros de la Unión Patriótica fueron am-

pliándose poco a poco, hasta requerirse únicamente el ser «hombres de buena voluntad»^[5].

Así, pues, Primo de Rivera carecía, en realidad, de partido, de ideología y de un sistema político. La Unión Patriótica no fue otra cosa que una colección de elementos conservadores cuya sola obligación consistía en aprobar la dictadura, haciendo grandes alardes de retórica patriótica. El programa económico del régimen se limitaba a algo tan modesto como la realización de obras públicas y una mayor protección arancelaria. Carecía de un programa de reformas sociales, salvo el ambicioso proyecto de arbitraje constituido por los comités paritarios a través de los cuales el sindicato socialista (UGT) estuvo legalmente representado en el gobierno por vez primera. El régimen de Primo de Rivera no significó ningún orden nuevo, sino que constituyó los últimos pasos del viejo orden, y se vinculó estrechamente a la Iglesia para obtener su respaldo moral.

Para el general —y ésta fue, quizás, su única norma— la política, los políticos y el parlamentarismo eran una mala cosa, mientras que el mando autoritario y la unidad nacional eran lo bueno. Reconocía que la nación necesitaba un desarrollo económico con el fin de crear las bases necesarias para superar la lucha de clases, pero encomendó esta tarea de planificación económica a los ministros más jóvenes de su gabinete, especialmente José Calvo Sotelo y Eduardo Aunós. Por aquel entonces, este prudente paternalismo pareció satisfacer a las clases medias y a los socialistas. Los anarquistas, el único grupo discrepante que permaneció hostil al régimen, fueron duramente reprimidos.

Primo de Rivera sentía una profunda admiración por el régimen de Mussolini. Acompañando al rey, el dictador visitó Roma durante los primeros meses de su gobierno y España firmó un tratado de amistad, y de arbitraje con Italia en 1926. Pero Primo de Rivera no pudo pasar de ahí porque las estructuras políticas e ideológicas, del fascismo ita-